



Violencias en la televisión ecuatoriana: Acuerdos sociales y compromisos éticos¹

Violence in Ecuadorian television: Social agreements and ethical commitments

MAURO CERBINO, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso), Sede Ecuador. (mcerbino@flacso.org.ec)
ROCÍO ORLANDO, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso), Sede Ecuador

► Recibido: 31/08/2011. Aceptado: 15/09/2011

RESUMEN

El artículo plantea un conjunto de reflexiones sobre la recepción de contenidos televisivos violentos por parte de niños, niñas y adolescentes (NNA) y sus padres y maestros en Ecuador. Entre los resultados más significativos de la investigación cuali-cuantitativa “Diálogos para establecer acuerdos y compromisos para la disminución de la violencia en la programación televisiva nacional”, realizada por el Centro de Monitoreo de Medios Participación Ciudadana en 2007, se muestran diferencias importantes entre las percepciones que tienen los adultos y las que manifiestan los NNA: mientras los padres asumen relaciones de causalidad directa entre la difusión de ciertos contenidos violentos y la generación de actitudes y prácticas de violencia, los NNA consideran que la violencia surge y se reproduce desde y en la cotidianidad de sus vidas. Además, distinguen claramente entre violencia real y ficticia, y consideran a los noticieros como espacios por excelencia donde se reproduce la violencia con mayor fuerza que en los programas de ficción y entretenimiento.

Palabras clave: Televisión, niños y adolescentes, violencia, recepción, Ecuador.

ABSTRACT

This article presents a series of reflections on the reception of violent television contents by children, adolescents and their parents and teachers in Ecuador. The most significant results of the qualitative and quantitative research “Dialogues to establish agreements and commitments for the reduction of violence in national television programming,” conducted by the Media Monitoring Centre Citizen Participation, in 2007, show significant differences between the perceptions of adults and children and adolescents: while parents see a direct causal relationship between the broadcast of some violent content and the generation of attitudes and practices of violence, children and adolescents consider that violence emerges and reproduces from and in their daily lives. In addition, they make a clear distinction between real and fictional violence, and consider the news broadcast as the space par excellence where violence is reproduced, with more strength than the programs of fiction and entertainment.

Keywords: Television, children and adolescents, violence, audience reception, Ecuador.

¹ Este artículo es parte de un trabajo de análisis y de interpretación que se realizó por cuenta de la ONG ecuatoriana Participación Ciudadana.

2 Participación Ciudadana (PC) es una organización no gubernamental ecuatoriana sin fines de lucro, constituida en 2002 para brindar un aporte desde la sociedad civil al fortalecimiento de la democracia en el Ecuador. Está conformada por ciudadanos y ciudadanas que trabajan en distintas áreas con el objetivo principal de transparentar las actividades públicas y los distintos procesos políticos del país.

3 Sobre este punto, Verón sostiene que han prosperado dos posiciones extremas. De un lado, la hipótesis determinista que se refiere a la linealidad de la circulación de los sentidos, y del otro lado, la tesis que sostiene que no es posible construir una ciencia del discurso, pues cada discurso puede generar cualquier sentido. Para Verón, ambas posiciones son falsas. De lo que se trata más bien es de buscar posiciones intermedias en el desfase que se produce entre producción y reconocimiento.

1. INTRODUCCIÓN

Actualmente en Ecuador son muchas las hipótesis que se generan en torno a la relación entre los contenidos televisivos violentos y la exposición de niños y adolescentes a dichos contenidos, y sus posibles consecuencias en términos de influencias. Se trata, en efecto, de una discusión posiblemente tan antigua como la misma existencia de la televisión. Sin embargo, el país no cuenta con estudios que muestren con rigurosidad dicha relación.

El presente trabajo plantea un conjunto de reflexiones sobre la recepción de contenidos televisivos ecuatorianos, mostrando las diferencias entre el “reconocimiento” (Verón, 1998) efectuado por los niños, niñas y adolescentes de dicho país, y el que por otro lado realizan sus padres, madres y maestros. Se trata de la investigación desarrollada por Participación Ciudadana², “Diálogos para establecer acuerdos y compromisos para la disminución de la violencia en la programación televisiva nacional”, que consistió en una aproximación al tema que, por la metodología empleada (triangulación de encuestas y grupos focales) y por sus resultados, constituye un aporte para los estudios sobre audiencias en Ecuador. La investigación, al combinar dos acciones que normalmente se mantienen separadas en los estudios de estas características -por una parte, la combinación de monitoreo de medios televisivos con análisis de contenido de la violencia presente en las distintas programaciones, y por otra, un incipiente estudio de audiencias-, constituye una aproximación exhaustiva sobre el tópico, que ofrece insumos productivos para aumentar y cualificar el debate sobre audiencias en el país.

El texto tematiza la cuestión a partir de tres bloques. Primero, consideramos el papel que juegan los medios de comunicación televisivos en la construcción de representaciones sobre las violencias. En segundo lugar, nos referimos a aquellos resultados de la investigación que consideramos como los más relevantes en cuanto a las percepciones de los niños, niñas y adolescentes y sus padres y maestros. Finalmente, planteamos una serie de propuestas tendientes a viabilizar acuerdos entre la sociedad civil, el Estado y los propios medios de comunicación.

2. MARCO TEÓRICO

2.1 LOS MEDIOS MASIVOS COMO ÁMBITO PRIVILEGIADO DEL PROCESO DE CONSTRUCCIÓN SOCIAL DE SENTIDOS

En las sociedades actuales, los medios de comunicación desempeñan un rol central en la “construcción de lo real en el discurso” (Verón, 1998, p. 126), y actúan de modo privilegiado en la producción simbólica de gran parte de los asuntos públicos de actualidad y de interés común (Alsina, 1999; Champagne, 1999; Verón, 1983), sobre los cuales las audiencias poseen sola-

mente una experiencia mediatizada, no directa (Verón, 2001; Escudero, 2002). En efecto, la actualidad que habitamos es esencialmente aquella construida por y en los discursos de la información, pues estos juegan un papel significativo en la disputa por fijar sentidos sobre lo político; orientan y modulan temas (Grandi, 2002); fijan la agenda informativa (McCombs, 2004); elaboran una agenda política propia (Cañizales, 2005); posicionan y jerarquizan determinados actores, al tiempo que invisibilizan otros; definen las condiciones de acceso a la palabra pública (Mouchon, 2002); y establecen los límites de lo decible en un momento histórico determinado.

Ahora bien, los contenidos producidos por y en los medios son percibidos en el marco de complejos procesos socioculturales en los que se ponen en juego determinaciones estructurales, predisposiciones individuales, valores compartidos o resistidos, esperanzas, sueños, insatisfacciones y búsquedas de distinto tipo. En este sentido, el tópico de las violencias y sus representaciones constituye un fenómeno complejo que, si tiene algún grado de influencia en las audiencias, nos permite formular hipótesis en cuanto a los modos de recepción. Por ejemplo, una película de Quentin Tarantino y su género “pulp fiction”, cuyas tramas versan sobre representaciones de violencias, no causará el mismo impacto que un film de Jean Claude Van Damme. La indudable ironización presente en los films de Tarantino, la exagerada y sobreexpuesta violencia con la que narra ciertas situaciones ficcionales, conlleva el sello de un proceso de reflexión que posiblemente produzca una relativa distancia también en el espectador; al contrario de lo que un film de Van Damme puede representar, en la medida que la trama es lineal, completamente binaria (malo-bueno, héroe-villano), que desata mecanismos simples de identificación en los espectadores, y por ello mismo, mayor apego a estos personajes.

Es cierto que existen variaciones en las percepciones que tienen los individuos sobre los contenidos mediáticos, ya que el consumo es individual (siempre operan negociaciones complejas, aceptaciones tácitas, negaciones y resignificaciones múltiples); sin embargo, la recepción es un proceso eminentemente social. Los discursos producidos en los medios masivos dialogan con construcciones simbólicas provenientes de espacios no mediáticos: interacciones cara a cara, experiencias sociales históricas, aprendizajes previos, recuerdos, olvidos, símbolos culturales y nacionales, entre otras. Con ellos se confrontan, refuerzan y otorgan nuevas posibilidades interpretativas. Se trata de discursos que circulan en la red de la “semiosis social” (Verón, 1998), que no es sino la permanente producción de sentidos (individual y colectiva) que hace posible la apropiación del mundo y de las relaciones sociales allí contenidas.

Partimos de la idea según la cual estudiar el desplazamiento del sentido implica asumir necesariamente la “indeterminación constitutiva de la circulación del sentido” (Verón y Sigal, 2003, p. 5), lo que significa que esta siempre es de carácter complejo, y sus efectos, por tanto, nunca pueden restringirse a uno solo³. Desde esta perspectiva, “se vuelve inútil la pretensión de ‘descifrar’ un texto” (Barthes, 2002, p. 70), pues lo que se genera es un “campo de efectos de sentido posibles” (Verón, 1998, p. 130). Así concebida, la teoría de la discursividad se aleja de los presupuestos de la teoría de la comunicación, entendida esta última como sistema de mensajes que transitan linealmente desde un emisor hacia un receptor.

Nos basamos en el principio de la indeterminación relativa de sentido, como eje que vertebra el funcionamiento discursivo, otorgándole al texto un carácter plural, abierto, susceptible de una multiplicidad de lecturas. Asumir tal condición como definitiva implica posicionarse lejos de la causalidad lineal y, ergo, en una posición distante de la idea del efecto único y unilateral del sentido. En su lugar, lo que se genera es “un espacio de múltiples dimensiones” (Barthes, 2002, p. 69). En esta línea, y como ya referimos, es precisamente el carácter no lineal de la circulación del sentido lo que distingue la teoría de los discursos sociales de una teoría de la comunicación.

Estas consideraciones señalan que no existe una percepción objetiva que fije de una vez y para siempre el sentido de un determinado contenido o, como diría Bourdieu, una “inmaculada percepción” (Bourdieu, 2001). Por tanto, si estamos interesados en comprender y transformar la relación de los medios de comunicación con las audiencias, debemos analizar las condiciones en las que son producidos los contenidos violentos, y además, los contextos en que los mismos son consumidos.

2.2 LA PRODUCCIÓN DISCURSIVA DE LAS VIOLENCIAS EN LA TELEVISIÓN ECUATORIANA

Al analizar los modos de representación mediática de las violencias en la televisión, nos interesamos específicamente por la información, ya que el género informativo⁴, en sus distintas variantes narrativas, o siguiendo a Verón diremos en sus distintos “géneros-L” (Verón, 2004, p. 196) -noticia, crónica, entrevista, reportaje-, opera mediante la construcción de la actualidad; es decir, el discurso de la información narra “la verdad de los hechos” a los cuales los lectores no podemos acceder por vía de la experiencia directa (Escudero, 2002, p. 223).

El discurso informativo construye su verosimilitud en base a un contrato fiduciario (de confianza) con los lectores, que funciona porque “encuadra con [su] sistema de expectativas” (Escudero, 2002, p. 197). Este discurso tiene dos objetivos principales: des-

cribir y explicar ciertos eventos a partir de una serie de tareas como la contrastación de fuentes, la consulta de fuentes fiables y verificables, el chequeo exhaustivo de la información antes de publicarla, la contextualización, entre otras. Al señalar este aspecto constitutivo del género⁵, no debemos olvidar, sin embargo, una cuestión fundamental de la producción de las noticias: que la información con pretensión de objetividad también es política. Como señala Escudero (1997):

[...] el discurso de la información opera de manera predominante a partir de la función referencial que tiene por objeto ‘hacer-saber’ sobre la actualidad [...] Esta ilusión de referencialidad parece ocultar sus condiciones de producción, presentando al producto discursivo como una superficie lisa y neutra. En la deontología periodística, el sujeto de la enunciación debe borrarse detrás de una estrategia de presentación de los ‘hechos’ (1997, p. 7).

En palabras de Verón:

La opinión espera del discurso informativo que la mantenga al día sobre lo que ocurre en el mundo. Esta evidencia contiene una serie de presupuestos que intervienen sobre todo en la forma de construir la relación entre el expositor y su destinatario: se admite, por ejemplo, que aquél está en condiciones de determinar la importancia del acontecimiento y que a partir de ahí tendrá que describirlo y explicarlo (1983, p. 194).

Ahora bien, analizando cómo se representan las violencias en la televisión, se observa que, de modo regular, en la producción discursiva informativa operan ciertas formas de decir y nombrar lo violento que resaltan lo éxotico, lo extraordinario y lo singular, priorizando la novedad y ultimidad, para crear un imaginario de no envejecimiento de los temas por transformaciones en el contexto social, sino únicamente por el transcurso del tiempo. Lucía Dammert señala que se piensa la noticia como un reality show:

El tiempo es uno de los elementos centrales en la difusión de la noticia, y en la actualidad se privilegia la inmediatez (caracterizada por la noticia en vivo) por sobre la preparación de la noticia. Un ejemplo de esta espectacularización en tiempo real, es la cobertura mediática del secuestro del bus 174 en Río de Janeiro que terminó con el homicidio del secuestrador a manos de la policía, que se instaló como un espectáculo seguido por millones de brasileños en vivo (Dammert, 2005, p. 62).

Al mismo tiempo, la violencia se construye como un conjunto de sucesos sin contextualización y con prescindencia de las condiciones estructurales -económicas, sociales y culturales- que la posibilitan y la sustentan, desconociendo que para explicar las diferentes formas

4 Los géneros periodísticos se distinguen en gran medida por la posición que el enunciador adopta en la narración. La categoría de género es una herencia de la crítica literaria, que fue retomada por el análisis de discurso para estudiar textos no literarios. Si bien coexisten diferentes definiciones, aquí adherimos a la conceptualización que distingue el tipo de discurso del género, entendiendo que un sector de producción verbal de una sociedad es distinto de un dispositivo de comunicación particular, que implica especificidades tales como temas, roles, modos de enunciación, etc. Así, el discurso periodístico comprende diferentes géneros, que lo identifican con una forma específica de narrar ciertos eventos y lo diferencian del resto de los géneros.

5 Distinto es el género de opinión -editorial, artículo de opinión, humor, caricatura-, que se sustenta esencialmente en la formulación de un juicio de valor acerca de determinados eventos. El enunciador, ciñéndose a un determinado punto de vista, despliega argumentos o razones que apuntan fundamentalmente a persuadir al lector y brindarle claves de intelección. La persuasión (el hacer-creer) constituye un efecto de lectura más que la intencionalidad del enunciador.

6 Bourdieu y Wacquant (1995, p. 82) definen como capital social la suma de los recursos, actuales o potenciales, correspondientes a un individuo o grupo, en virtud de que éstos poseen una red duradera de relaciones, conocimientos y reconocimientos mutuos más o menos institucionalizados, esto es, la suma de los capitales y poderes que semejante red puede movilizar.

7 Se trató de un monitoreo de la programación de seis canales nacionales de televisión (Ecuavisa, Teleamazonas, RTS, TC Televisión, Gamavisión y Canal Uno) y del contenido de violencia para Niños, Niñas y Adolescentes dentro del Proyecto INNFA- Participación Ciudadana, desarrollado en los meses de noviembre y diciembre 2007, enero y febrero 2008. La investigación aplicó dos metodologías concordantes: dos encuestas nacionales y 44 sesiones de grupos focales que permitieron recoger y sistematizar una gran cantidad de información y llegar a un importante nivel de conocimiento sobre la TV nacional, particularmente en lo que respecta a sus ofertas (programación), públicos (preferencias) y exposiciones que expresen violencia.

de violencias es necesario ubicarlas en un esquema circular: por un lado, las que se ejercen desde arriba (desde una estructura social desigual) y desde abajo (reacción de los sectores populares a dicha estructura) (Wacquant, 2007) y, por el otro, debido a la ausencia de ‘amortiguadores’ que son posibles y se activan cuando los sujetos tienen un capital social y simbólico⁶ lo ‘suficientemente’ grande. La utilización de estos capitales dependerá, sin embargo, de que exista un ambiente en el cual estén garantizadas la circulación de recursos y las condiciones estructurales apropiadas que tiendan a institucionalizarlos. De lo contrario, como señala Wacquant: “En un universo de recursos básicos y con una *alta densidad de predadores sociales*, la confianza no está para nada asegurada, de manera que todos deben cuidarse de la violencia, al mismo tiempo que estar listos a valerse de ella en cualquier momento” (2007, p. 90. Las cursivas son nuestras). De ahí que el empleo de la violencia o su padecimiento resulten ser las dos caras de la misma moneda.

Siguiendo a Bourdieu, el círculo de las violencias puede ser representado como la expresión de la violencia inerte de las estructuras económicas y mecanismos sociales transmitidos por la violencia activa de la gente, la cual se ejerce cada día en las familias, fábricas, talleres, bancos, oficinas, comisarias de policía, cárceles, incluso hospitales y escuelas, esta violencia cotidiana es, en última instancia, el producto de aquella violencia inerte. De allí que Bourdieu hable de una ley de conservación de la violencia, con la que se entendería que, debido a que toda violencia se paga, hay que evitar sembrarla (citado por Bourgois, 2005).

A su vez, lo que opera de modo dominante en la construcción televisiva de lo violento es una asociación automática entre determinados sujetos o colectivos sociales y los hechos violentos: delincuentes, extranjeros, pandilleros, terroristas, pobres, entre otros. El resultado es una crónica noticiosa que, a través de visiones maniqueas sobre procesos sociales complejos, patologiza los sectores más pobres y vulnerables socialmente y naturaliza la violencia en dichos estratos.

Los jóvenes son, en efecto, uno de los blancos preferidos de tales construcciones. De modo dominante la opinión pública, fuertemente estimulada por determinadas representaciones mediáticas sobre la violencia e incluso por algunos enunciados académicos, atribuye a los jóvenes la responsabilidad de muchos de los actos violentos, especialmente en los países de Latinoamérica en los que hay una inmigración considerable, reproduciendo con ello modelos de oposición binaria entre agresores y víctimas. Dentro de dicho esquema, los jóvenes son vistos factualmente como portadores de violencia, en particular cuando se trata de organizaciones de tipo pandilleril. Se inscribe en esta postura un caso ya ejemplar: la acción de las maras centroamericanas, quienes darían cuenta de

los altísimos niveles de crueldad que involucran las acciones protagonizadas por grupos de jóvenes, que evidencian, de este modo, su supuesta desadaptación social. Sin embargo, es imprescindible problematizar esta cuestión. Ahí donde un sujeto o un colectivo actúan como agresor o victimario, también está inscrito el signo contrario: el ser víctima, a su vez, de otra violencia que muchas veces permanece oculta o se pretende inexistente. Por supuesto, estas afirmaciones no apelan a la ausencia de responsabilidad de quienes cometen actos de violencia, ni tampoco a la aplicación de atenuantes, lo que sostenemos es que la reflexión sobre tal problemática no ha sido suficientemente elaborada. Es imprescindible repensar la violencia juvenil y pandilleril inserta en el círculo de las violencias, como un modo para problematizar la distinción entre víctimas y victimarios.

Teniendo en cuenta las consideraciones previas sobre la construcción de la violencia en los contenidos televisivos, resulta particularmente interesante la reflexión de Walter Benjamín. En sus palabras:

Si la Prensa se hubiese propuesto que el lector haga suyas las informaciones como parte de su propia experiencia, no conseguiría su objetivo. Pero su intención es la inversa y desde luego la consigue. Consiste en impermeabilizar los acontecimientos frente al ámbito en que pudiera hallarse la experiencia del lector. Los principios fundamentales de la información periodística (curiosidad, brevedad, fácil comprensión y sobre todo desconexión de las noticias entre sí) contribuyen al éxito igual que la compaginación y una cierta conducta lingüística. (Karl Kraus no se cansaba de hacer constar lo mucho que el hábito lingüístico de los periódicos paraliza la capacidad imaginativa de sus lectores) (Benjamín, 1972, p. 46).

3. RESULTADOS: PERCEPCIONES DIVERGENTES SOBRE LAS VIOLENCIAS EN LA TELEVISIÓN

En este apartado buscamos destacar los resultados más sobresalientes de la investigación “Diálogos para establecer acuerdos y compromisos para la disminución de la violencia en la programación televisiva nacional”⁷, realizada en Ecuador por el Centro de Monitoreo de Medios Participación Ciudadana en 2007.

Como punto de partida, subrayamos las diferencias significativas que arroja el estudio entre las percepciones que tienen los padres, madres y maestros y las que manifiestan los niños, niñas y adolescentes en torno a las violencias representadas en los contenidos televisivos. Se trata de contrastes que aparecen como el signo de una profunda crisis en cuanto a capacidades de comunicación entre estos dos sujetos, ya que por un lado los

adultos consultados expresan un conjunto de consideraciones que muestran la asunción de relaciones de causalidad lineal entre la difusión de ciertos contenidos violentos en los medios masivos y la generación de actitudes violentas o de predisposiciones naturalizadas y favorables a la violencia en los NNA.

Tales visiones expresadas por los padres manifiestan, en parte, un desconocimiento generalizado de las condiciones estructurales a partir de las cuales surgen las violencias en las relaciones sociales, y muestran una concepción reducida sobre el proceso de enseñanza-aprendizaje, en un esquema donde los vínculos con la televisión son representados exclusivamente como exposición en tanto mera imitación. En esta misma línea, para los padres, la televisión, mediante la transmisión de contenidos subliminales, actuaría como incitador de comportamientos violentos y de consumo de drogas y alcohol. Los contenidos televisivos son vistos como portadores de discursos, casi siempre dañinos, que permanecerían ocultos a la percepción consciente, pero que tendrían la capacidad de modificar las conductas: se refuerza la hipótesis conspirativa sobre los medios de comunicación.

Lo que se observa es que las ideas nucleares de la teoría de la aguja hipodérmica, en boga durante la primera mitad del siglo pasado, han calado hondo en el imaginario de los padres de familia sobre los medios masivos. Recordemos que hacia la primera mitad del Siglo XX, en los estudios de comunicación prevalecía la línea investigativa y conceptual de la Mass Communication Research, centrada en los efectos de los *mass media* en los receptores. Una de las ideas centrales de dicha línea es el modelo de “aguja hipodérmica” o “bala mágica”, que entendía que los efectos de los medios eran unidireccionales, directos y homogéneos, y se ejercían sobre la masa, como un conjunto de individuos a quienes, por su carácter pasivo, se podía manipular fácilmente mediante la propaganda. Se trata de una perspectiva funcionalista de comprensión de los procesos comunicativos. Entonces, lo que vemos es que los juicios de los padres y madres de familia sobre la televisión arraigan concepciones provenientes de dicha reflexión, que ha sido varias veces refutada a través de estudios empíricos en el mundo entero, y cuestionada a lo largo de algunas décadas.

Como parte de los resultados, es posible advertir, además, otro aspecto relevante que tiene que ver con las representaciones del mundo adulto sobre la violencia en los medios de comunicación: los padres consideran que los contenidos violentos, especialmente aquellos producidos y difundidos en los espacios informativos, desempeñarían una suerte de función pedagógica, ya que, al mostrar ciertas acciones violentas de la

cotidianidad de modo descarnado y crudo, podrían convertirse, paradójicamente, en enunciados ejemplares capaces de influenciar positivamente a los niños, niñas y adolescentes. Al mismo tiempo, como parte de los resultados emerge un hallazgo interesante: de modo dominante los padres de familia consideran que los programas de entretenimiento para niños que se ofrecen en la televisión ecuatoriana contienen más violencia que los programas informativos, y que, además, los NNA no estarían en capacidad de diferenciar la realidad de la ficción en cuanto a contenidos mediáticos. En este sentido, es plausible sostener que dichos argumentos encierran cierto grado de contradicción, que posiblemente denotan el escaso conocimiento que tienen los padres de sus hijos. Se trata, finalmente, de percepciones ideologizadas que se encuentran fuertemente arraigadas en la teoría comunicacional de la aguja hipodérmica ya mencionada.

A diferencia de las opiniones expresadas por los adultos, los NNA, en cambio, creen que la violencia no está en los medios, sino que surge desde y en la cotidianidad de sus vidas: la ciudad, el barrio, la calle, el hogar, la escuela. Y lo que es más importante, estiman que es en los noticieros donde se reproduce con mayor fuerza la violencia, y no tanto en los programas de ficción y entretenimiento que consumen. Este dato se encuentra estrechamente relacionado con el hecho de que los adolescentes manifiestan ser capaces de discernir entre la violencia real (presente en los noticieros) y la violencia ficticia (presente en programas tales como las series animadas, las películas, o los dibujos). De este modo, lo que se abre es una brecha interpretativa entre las consideraciones del mundo adulto y del mundo juvenil.

Partiendo de esta misma premisa, del hecho de que la violencia real estaría presente y representada en los noticieros, podemos decir que estos contribuyen a la construcción de imaginarios de lo “peligroso” y del “enemigo”, tal como lo señala Fabio López de la Roche:

En la época contemporánea y seguramente de manera mucho más clara en nuestros días, la construcción social del enemigo, pasa irremediablemente por los medios de comunicación. Ahora como antes, poderes hegemónicos intentan homogeneizar y aglutinar sus sociedades en el rechazo y condena unánime y sin fisuras de ese enemigo, al cual se le atribuye con frecuencia todos los males del país (López de la Roche, 2005, p. 79)

Este hecho, por su parte, sí tiene influencia en la condensación de la violencia, en la medida en que exacerba el rechazo hacia ciertos grupos.

Ahora bien, llegados a este punto, uno de los interrogan-

tes principales que surge es: ¿Cómo repensar los vínculos entre medios y audiencias? Para intentar responder la pregunta, antes conviene plantearse otras: ¿Cuánto y cómo conocen los periodistas a sus públicos?; ¿Cuáles son las posibilidades efectivas que tienen los periodistas, desde la práctica cotidiana, de transgredir la homogeneización impuesta por la búsqueda del rating, en el contexto de la competencia creciente por conquistar nuevas audiencias?; la obtención de rating y ventas, ¿cuánto les dice efectivamente a las empresas mediáticas sobre los intereses de sus audiencias?; ¿podemos hablar de audiencias alfabetizadas?; ¿puede la demanda de las distintas audiencias moldear la oferta mediática y volverla más plural y diversa?; ¿A través de qué vías se pueden expresar las audiencias para exigir calidad periodística?; y ¿Cuál es la naturaleza de la responsabilidad social de los periodistas?

Es imprescindible impulsar la asunción de compromisos ético-morales por parte de los comunicadores. A propósito de esta recomendación, resulta pertinente la siguiente reflexión de Jürgen Habermas:

El proceso ético-político mediante el cual llegamos a un entendimiento acerca de cómo queremos vivir en tanto que miembros de un determinado colectivo, debe al menos ser acorde con normas morales. Las negociaciones deben basarse en argumentos. Y el que conduzcan a compromisos equitativos depende esencialmente de condiciones procedimentales que deben juzgarse moralmente (Habermas, 1994, p. 67)

Cuanto afirma Habermas nos sirve para indicar que si se quiere llegar a algún tipo de acuerdo para repensar y modificar la representación de las violencias en la televisión es necesario que tanto medios como audiencias se encuentren en la mutua conveniencia moral de establecer criterios que hagan factible la interlocución y la participación ciudadana en la generación de los contenidos. Numerosos ejemplos recientes en Ecuador y Latinoamérica muestran que no es suficiente la aplicación de códigos éticos internos a los medios (que además son normalmente incumplidos), sino que es imprescindible instaurar mecanismos que hagan viable el cumplimiento efectivo de la responsabilidad social de los medios con sus audiencias. En este sentido, Suárez (2008) discute un tema preciso: la eficacia de las instancias, instituciones y mecanismos de autorregulación de la prensa, exponiendo los escasos avances que ha experimentado la región en esta materia. La autora afirma que la prensa latinoamericana no cultiva este mecanismo y vincula dicha ausencia con “la presión que recibe [la prensa] por parte de grupos políticos y económicos, y con la lenta consolidación

de los derechos civiles” (Amado Suárez, 2008, p. 211).

Otro punto sobre el cual debemos reflexionar necesariamente para entender el fenómeno, es el hecho de que los medios de comunicación son empresas privadas que trabajan con un bien público: la información. En ese sentido, constituyen empresas (públicas, privadas o comunitarias) que brindan un servicio público. Por tanto, deben asumir responsabilidades frente a la sociedad, ya que por su condición de masivos, detentan un privilegio enunciativo con respecto a otros actores sociales, en lo referente a la puesta en circulación de contenidos públicos, imaginarios y simbólicos, a la producción y legitimación de marcos referenciales, cognitivos y valorativos que manejan los (as) ciudadanos (as), y la difusión de contenidos altamente sensibles.

En diferentes ocasiones hemos escuchado a distintos periodistas del país quienes producen los programas más consumidos, y por tanto aquellos de mayor rating, señalar que si un programa no es sintonizado mayoritariamente no tiene razón de ser para la empresa mediática. Se trata de afirmaciones que, además de ser omniscientes y sin sustento académico alguno, constituyen una subestimación de las audiencias. En efecto, la investigación mencionada arrojó un dato interesante que sirve de sustento y punto de partida para futuros estudios en el país: la mayor parte de los niños, niñas y adolescentes entrevistados (74%) afirman que si bien consumen y se entretienen con los programas que los medios televisivos les ofrecen, su deseo es otro y les gustaría ver una programación distinta; es decir, se evidencia un claro deslinde entre la oferta y la demanda de programas de televisión. Dicho en otras palabras: es necesario distinguir entre aquello que las audiencias ven y lo que estas mismas audiencias quisieran ver. Una distinción entre el ver y el deseo de ver.

Si las mediciones de rating no reflejan este aspecto es porque no tienen un corte cualitativo, partiendo siempre de un sesgo netamente cuantitativo, por ello no conocen a ciencia cierta qué hacen las audiencias con los contenidos recibidos, y sobre todo qué otras demandas están elaborando los televidentes.

En este sentido, tomando como fuente una reflexión del psicoanálisis, proponemos repensar la responsabilidad social de los medios televisivos en los términos de una ética del bien decir. En psicoanálisis se refiere a que el analizante haga suya la responsabilidad de lo que dice y afirma en el análisis. No se trata de una categorización moral, “decir el bien”, sino de “decir bien lo que se dice”, lo que equivale a asumir la responsabilidad como sujeto de lo que se dice. Aplicado este esquema al periodismo y a los periodistas, tenemos que los

medios, los periodistas o los responsables de la programación asuman la responsabilidad en primera persona de los contenidos que ponen a circular públicamente. Que tengan clara la conciencia de que estos contenidos afectan los imaginarios de las audiencias y se preocupen de algún modo de los usos que pueden hacer de ellos.

En una de las presentaciones que hemos realizado, precisamente en Quito, un joven pregunta al gerente de una estación televisiva si él dejaría que sus hijos reciban los contenidos de programas violentos que su canal pone al aire. Se trata de una pregunta importante que revela un criterio útil a la hora de pensar en torno a la responsabilidad social de los medios. Estos deben asumir con responsabilidad las tareas que la naturaleza de servicio público de su acción requiere, aun cuando, como en el caso ecuatoriano, la mayoría de los medios de comunicación sean empresas privadas. La calidad de los contenidos mediáticos y sus posibles repercusiones en la ciudadanía tiene que ser un asunto de mayor discusión pública que involucre directa o indirectamente a las audiencias.

3.1 ACUERDOS SOCIALES PARA DISMINUIR LAS REPERCUSIONES NEGATIVAS

Es posible aportar a una recepción más socializada, crítica y diversificada de los productos y contenidos televisivos. Para ello, debemos pensar en iniciativas que promuevan el fortalecimiento de los ámbitos extramediáticos de comunicación y que involucren a distintos actores. Primero, los padres de familia, quienes deben reconocer la importancia del consumo familiar de medios como ámbito de construcción de interpretaciones alternativas de sus productos. Segundo, el Estado, que a través de la sanción de políticas públicas específicas debe promover el uso y la construcción

de espacios públicos en los que los niños, niñas y adolescentes puedan relacionarse con expresiones culturales diversas. Al mismo tiempo, es el estado el que debe garantizar la creación de instancias públicas de investigación y discusión de determinados programas o contenidos puestos en circulación por los medios. Dichas instancias deberían actuar, además, como receptoras de demandas de parte de la ciudadanía cuando ésta se percibe afectada negativamente por la exposición a contenidos mediáticos lesivos.

En tercer lugar, ineludiblemente el sistema educativo debe incorporar aquellos contenidos y metodologías didácticas de alfabetización mediática y lectura crítica de medios, que vienen siendo desarrollados desde hace más de 25 años en distintos lugares de América Latina por fuera del sistema formal. Por último, las organizaciones de la sociedad civil deben reconocer que la información es un servicio público, y que por tanto, los ciudadanos pueden y deben involucrarse en iniciativas concretas para la democratización del espacio mediático como los observatorios y veedurías de medios, exigiendo derechos, para lo cual el papel de formación de los centros académicos es absolutamente imprescindible.

Puntualmente, proponemos la instauración de defensorías del televidente en todos los canales nacionales de televisión. Dicha instancia representaría un primer mecanismo idóneo para viabilizar el análisis crítico de los contenidos de la programación (que debería ser vinculante para los responsables de la programación en todas las áreas) y podría constituir el canal necesario (aunque no suficiente) para hacer posible la interlocución entre públicos y medios. Creemos que un mecanismo de tal naturaleza puede ser considerado un aporte significativo para el desempeño y la gestión integral de los canales de televisión, antes que como un impedimento.

SOBRE LOS AUTORES:

Mauro Cerbino, italiano, es Doctor en Antropología Urbana por la Universitat Rovira i Virgili de España / Profesor investigador y director de la revista *Íconos de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso)*, Sede Ecuador. / Desarrolla dos líneas de investigación: la articulación entre medios de comunicación, cultura y política, y la otra sobre juventud, especialmente culturas juveniles y juventud y violencias, tema sobre el cual ha publicado diversos libros y artículos

Rocío Orlando, argentina, es Magister en Ciencias Sociales con mención en Comunicación por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso), Sede Ecuador. / Investigadora y docente de la misma universidad. / Desarrolla investigaciones y proyectos de extensión sobre medios de comunicación y política.

REFERENCIAS

- Amado Suárez, A. (2008). La autorregulación en el periodismo argentino. El caso de los grandes diarios. *Oficios Terrestres, Año XIV, N° 21*.
- Barthes, R. (2002). *El Susurro del Lenguaje. Más allá de la palabra y de la escritura*. Barcelona: Paidós.
- Benjamin, W. (1972). *Iluminaciones II*. Barcelona: Taurus.
- Bourdieu, P. (2001). *Sobre la Televisión*. Barcelona: Anagrama.
- Bourdieu, P. y Loïc J.D. Wacquant (1995). *Respuestas por una antropología reflexiva*. México: Grijalbo.
- Bourgois, P. (2003). *In Search of Respect: Selling Crack in El Barrio*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Dammert, L. (2004). Violencia, miedos y medios de comunicación: desafíos y oportunidades”, en Seminario *Violencia en los medios de comunicación, generación noticiosa y percepción ciudadana*. Quito, agosto, ed. por Mauro Cerbino, Foro, FLACSO Ecuador, 2005.
- Escudero, L. (1997). ¿Quién es el autor de las noticias? Acerca del contrato mediático de la información, *Sociedad, N° 11*.
- Escudero, L. (2002). Un sujeto patémico: los desaparecidos en la prensa argentina. En *Designis La Comunicación Política. Transformaciones del espacio público 2*. Barcelona: Gedisa.
- Habermas J. (1994). *Historia y crítica de la opinión pública*. Barcelona: Gustavo Gili.
- López de la Roche, F. (2004). Periodismo, medios y percepciones de seguridad en escenarios urbanos. Reflexiones en el marco de la renovación urbanística y cultural de Bogotá en la última década, en Seminario *Violencia en los medios de comunicación, generación noticiosa y percepción ciudadana*. Quito, agosto, ed. por Mauro Cerbino, Foro, Flacso Ecuador, 2005.
- Verón, E. (1983). *Construir el acontecimiento: los medios de comunicación masiva y el accidente en la central nuclear de three Mile Island*. Buenos Aires: Gedisa.
- Verón, E. (1998). *La Semiosis Social*. Barcelona: Gedisa.
- Verón, E. (2004). *Fragmentos de un tejido*. Barcelona: Editorial Gedisa.
- Verón, E. y Sigal, S. (2003). *Perón o Muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*. Buenos Aires: Eudeba.
- Wacquant, L. (2007). *Los condenados de la ciudad: gueto, periferias y Estado*. Buenos Aires: Siglo XXI.